



# Nochevieja en el Alabardero

a José Antonio Gabriel y Galán, *in memoriam*

ÁLEX CHICO

ILUSTRACIONES: JAIME DIZ

## I

Todo se resume en una fotografía: **José Gayga** en un extremo de la mesa, mirando de reojo a la cámara. Desde el cuello de la camisa se desata una corbata negra, la americana, algo arrugada, las gafas que cubren buena parte de la cara, las manos sosteniendo una taza blanca. El resto de comensales mira también a quien no vemos: alguien les fotografía desde un ángulo de la sala. Se les ve felices, sonrientes. Han vuelto como cada navidad a la taberna del Alabardero. En el dorso de la fotografía aparece escrito a lápiz una fecha: “Los cuadernícolas Nochevieja de 1992”. El neologismo es el resultado de la deformación de una palabra, un juego conceptual muy del gusto de ese grupo de artistas. Todos forman parte del consejo de redacción de la revista *Cuadernos para el diálogo*, y todos suelen reunirse en aquella taberna del centro de Madrid.

Volvamos a la fotografía. La tengo ahora mismo frente a mí. Puedo manipularla a mi antojo. Puedo doblarla o hacerla desaparecer. Puedo esconderla entre las páginas de algún libro de José Gayga y encontrarla otra navidad distinta a esta. Que vuelvan a pasar otros veinte años y me vean así delante

de ella, tiempo después. Tal vez nadie haya cambiado por entonces, ni ellos ni yo. Todos nosotros seguiremos teniendo esa mirada algo infantil y torpe, con ese júbilo triste tan propio de los finales de año. Si me detuviera un momento y mirara hacia otra parte, posiblemente me daría cuenta de algo. Hay fotografías que desde el instante en que se fijan forman ya parte del pasado. Parece que solo han nacido para habitar nuestra memoria. Ese es su cometido y eso es, a grandes rasgos, lo que tengo ahora frente a mí: nueve comensales en torno a una mesa que parecen hablarnos desde un lugar remoto. Incluido el camarero, que encontramos en el extremo izquierdo y que, de forma

distinta, dialoga también con la cámara. Una conversación silenciosa, con una quietud similar a los objetos que adornan la sala. Elementos rústicos, por nombrarlos de alguna manera: colgados de la pared hay seis platos del mismo tamaño con alguna insignia en el centro, tres cucharones de bronce, una percha de madera, una estatua ecuestre semioculta entre varios cirios y más platos, una placa dorada. Desde el techo, se despliega una tela bordada: varias cenefas y dibujos que recuerdan, vagamente, algunas imágenes de **Miró** o de **Picasso**.

Dije que eran nueve los comensales, pero solo recuerdo el apellido de algunos de ellos: **Aragón**, **Lezama**, **Altares**, **Pintado**, **Carandell**, el propio Ga-

yga. Ignoro por qué otros no se encuentran allí en ese momento, asiduos también a esas despedidas de año en el Alabardero. Mucho me temo que la memoria, mi memoria, solo será capaz de retener esos pocos apellidos y acabe olvidando, tarde o temprano, al resto. Ya lo dije: todo se resume en una fotografía. Lo que permanezca fuera de plano desaparecerá también con los años.

## II

Ha llegado hasta allí tras una hora de camino. Un viaje corto desde las afueras hasta el centro. Sin darse cuenta apenas, ha atravesado la frontera cada vez más incierta que separa, como dos mundos enfrentados, una sierra todavía intacta y los primeros edificios de una ciudad que se extiende sin orden, amenazante. Los barrios residenciales, las circunvalaciones, las avenidas, las callejuelas y las luces que dan por concluido un año y, a la vez, son la expresión de un tiempo que comienza. 31 de diciembre de 1992.

Atardece. Se encuentra justo en ese momento del día en el que todo supone una amenaza. Un lapso de tiempo que le genera una inexplicable soledad. Así avanza. El ambiente festivo contrasta con su paseo apocado





hasta el barrio de Ópera. Un breve trayecto desde el parking hasta la taberna donde se han dado cita unos cuantos amigos. Apenas quinientos metros entre uno y otro punto. Sabemos, sin embargo, que esos pocos pasos pueden encerrar, en un efímero intervalo, una cantidad de tiempo inagotable. Camina con ritmo lento y se detiene con frecuencia. Se diría que no solo carga con su propio peso. Lleva a cuestas todo lo que una vez llamó memoria cautiva. Una memoria construida a partir

de hechos propios y experiencias ajenas: paseos con **Robert Walser** por Berna; el camino curvilíneo en aquel parque de Nápoles, mientras contempla la tumba de **Leopardi**; el olor pestilente de Orán cuando es arrasado por las ratas. La urna de cristal que protege al licenciado Vidriera. El kiosco donde se encontraba cada mañana a **Jean-Paul Sartre**. El cruce del *boulevard* Montparnasse con el *boulevard* Raspail. El café Dôme. La doble hilera de árboles desnudos en el centro de

Edgar Quinet. La valla metálica que recorre la calle y nos separa del cementerio colindante. El ático de la *rue* Campagne Première. Le acompaña el recuerdo de unos años en los que París era el centro, el símbolo, la expresión de que todo era posible. Incluso ser feliz.

Ahora camina por otra ciudad muy distinta. Su cometido se reduce a esquivar a los transeúntes que comienzan a poblar los bares de la zona. Se dice a sí mismo que ya no forma parte del ambiente que envuelve, con aire despreocupado y festivo, las calles de Madrid. En realidad, en pocas ocasiones cree haber formado parte de algo, pero en este momento esa no pertenencia adopta un sentido mucho más claro, más diáfano. La vida se ha ido apagando y no sabe, como no lo supo **Broch**, si la ha vivido o se la han contado. Todo lo que se encuentra a su alrededor tiene una consistencia difusa, extremadamente frágil: la gente que

avanza con paso firme hasta un lugar concreto, la forma en que las luces se han accionado, su manera de alumbrar la ciudad, como si esa noche diera paso a otra noche aún más hermosa y memorable.

Dobla una esquina y distingue la silueta de un hombre que levanta su mano. Ya no hay marcha atrás. Hace un momento pensó en volverse a su casa de Las Matas y maquinara alguna excusa de última hora. Ahora no. Ahora es imposible volver a coger el coche y regresar por donde vino. Le alivia, en cierta forma. Que otros decidan por él y le empujen hacia delante. Nada encuentra más cómodo que dejarse arrastrar por la marea y aparentar, aunque solo sea por un momento, que está ahí porque no quiere estar en otra parte.

Alguien le recibe en la puerta del Alabardero. Intercambian unas cuantas impresiones banales. Se siente incómodo. No sabe quién es ni por qué le co-

► noce. Le felicita por una novela recién publicada y él lo agradece. Quiere corresponderle, pero no puede. Al cabo de unos pocos minutos se despide con cordialidad, tratando de mitigar su ignorancia con un gesto desmesuradamente amable. Es justamente eso lo que le impide continuar hasta la sala. Lo que otros juzgan como desdén o como una falta de interés, a él, sin embargo, le procura una sensación de desasosiego. No ha sabido pronunciar el nombre de quien ha pronunciado el suyo y le ha felicitado.

Su amigo Carandell le toma del brazo y le conduce hasta el comedor. Comprueba que es el último en llegar. No tiene ánimo para saludarles uno a uno, así que opta por ocupar su lugar en el extremo derecho de la mesa. Como siempre. Nunca se han asignado una silla concreta ni han elaborado una lista de leyes mundanas para aquel tipo de encuentros en el Alabardero. No obstante, ese protocolo improvisado, esa inercia de ir a un lugar sin pedir permiso ni preguntar nada, esos preámbulos sin pompa, les han facilitado el funcionamiento de las tertulias. Son acuerdos tácitos, exentos de papeles y de normas. Solo la costumbre ha sido capaz de situar a cada uno en su sitio. La seguridad es el resultado de una repetición sesuda y constante. Solo eso. José Gayga se ha sentado en el extremo derecho de la mesa porque ese es el espacio que ha ocupado desde el primer día.

### III

Su cabeza está en otra parte durante la cena. Tiene en mente un par de historias y las desarrolla en silencio. Habla poco para comunicarse consigo mismo. Piensa en el nombre de un personaje e imagina el



escenario en el que podría desarrollar la novela: una mujer de unos cincuenta años llamada Sol vive desde hace un año en una de las habitaciones de un pabellón de reposo, como el que existía, hace mucho tiempo, en

pleno centro de Plasencia. Esa imagen ha hecho que recuerde aquellas incursiones infantiles a las minúsculas ventanas por donde veían pasear a los enfermos. Las voces que les llegaban del otro lado, como si cada palabra perteneciera a un lenguaje indescifrable, mensajes ocultos, el vocabulario de la locura y el abandono. El idioma del desamparo. Eso hacía con su hermano durante el tiempo que vivió en Plasencia: inventar palabras, manipularlas, variar algún componente fonético por

el simple placer de pronunciarlas en voz alta. Apunta algunas en una servilleta e inmediatamente se la guarda en un bolsillo de la americana. ¿Por qué volver a la infancia justo en ese momento? ¿A qué traer de vuelta aquellos años primeros, tan lejanos en el tiempo? Tal vez no sea más que una reacción ante la proximidad del final. Aquel que ve la muerte cerca, se dice, retrocede asustado hasta su infancia.

Bascula entre esa idea y otras que le asaltan sin orden, espon-



táneas. Retiene varias secuencias: un espejo multiforme que proyecta a cuatro seres distintos, en el cuarto de baño de un hotel; los pasillos subterráneos de la plaza de Colón; los kilómetros de estanterías plagadas de libros de la Biblioteca Nacional. Eso haría si le quedara algo de tiempo: escribir, qué otra cosa si no. Oscilar entre la realidad y la ficción, traspasar una frontera sin apenas percatarse de ello. Manejar todo lo que tiene a su alcance y convertirlo en otra cosa. Algo ya irreal, como sacado de un cuento. Admite, una vez más, que se siente más cómodo en un mundo imaginario. Lo que observa no le basta. Necesita de esa otra esfera que, de alguna forma, dote de sentido a lo que no lo tiene en apariencia. Al fin y al cabo, ese ha sido su destino, su elección. Desde el momento en que alguien comienza a fabular, su identidad queda sujeta a la ficción, y no le queda más remedio que tratar de fundir vida y escritura en una misma realidad.

La cena va llegando a su fin. Acaban de traer los cafés y algunos licores. Él sujeta una taza blanca y mira de reojo a la cámara. Permanece quieto un instante. No sonrío, pero tampoco tiene el semblante serio. Es, más bien, el rostro de alguien ausente. Las facciones de la cara, esa mueca escalonada que distinguimos en la comisura de los labios, las cejas algo arqueadas, nos demuestran, si observamos con atención, que Gayga es ya otro.

Que está y no está en esa misma sala. Se va distanciando, aunque intenta regresar al mundo con la energía suficiente como para acompañarnos un poco más de tiempo. Resistir, ese es el verbo, como el corcho que se empeña en flotar y sale a la superficie antes de ser arrastrado por las olas.

#### IV

Siempre me ha parecido significativo que José Gayga sea el único comensal que tiene medio cuerpo fuera de la fotografía. El resto de gente aparece perfectamente encajada. No así Gayga, cuya espalda y parte de su brazo izquierdo se pierden fuera del encuadre. Me ha parecido significativo porque son esos mínimos detalles los que nos dan la pista de algo, como si encerraran en su aparente nimiedad una premonición o un secreto. En el fondo, Gayga se estaba despidiendo. Eso es lo que veo ahora, a un hombre con medio cuerpo fuera y mirando por última vez a una cámara. Puede que no solo un hombre, sino algo más. 1992 se evaporará y acabará por convertirse en una telaraña de tiempo inexplicable y pegajoso, en la suma de navidades por las que pasamos y en el recuerdo borroso que tendremos una vez que hayan concluido todas ellas. Se despide un escritor esperanzado, alguien que comprobó que debajo de los adoquines no había playa y, sin embargo, no cejó en su empeño de encontrar algo de arena. Siguió escarbando

porque debajo de esa textura pantanosa quedaba otro hueco, y debajo de él, otro más. Una masa informe que representara, a su manera, la búsqueda perpetua e incansable de un hombre. Una imagen sin rostro definido, capaz de unir varias cosas a la vez en una misma esfera de barro.

He guardado la fotografía entre las páginas de un libro que he cogido al vuelo. Lo más sencillo hubiera sido depositarla en algún lugar que me permitiera, tiempo después, volver a localizarla. Sin embargo, con los años he aprendido que lo previsible tiene una fecha de caducidad demasiado próxima y que son esos encuentros casuales los que, cuando nos sorprenden, se quedan en

nosotros algo más de tiempo. Poco importa esperar. Al fin y al cabo, el espacio que transcurre entre un encuentro fortuito y otro aún más azaroso tiene una lógica que, tal vez, jamás llegaremos a entender del todo. Lo que queda en medio es justamente esto: un tránsito que se va llenando con recuerdos cada vez más desordenados. Nuestra labor es fijarlos bien en un instante. Un solo instante. Una fotografía que nos resuma y nos sirva de testimonio. Algo que nos demuestre, con acierto o sin él, que hemos estado exactamente en ese lugar. En una taberna del centro, por ejemplo, con amigos o con gente desconocida. Aunque sepamos que todo lo que permanezca una vez tomada la instantánea quedará sujeto a otras leyes. Son esas imágenes las que harán que desaparezcamos de cuerpo presente. Con suerte, alguien vendrá a recomponer lo que quede de nosotros cuando ya no haya nadie.



FOTO: PEDRO GATO

**ALEX CHICO** (Plasencia, 1980) es licenciado en Filología Hispánica y DEA en Literatura Española. Ha publicado los libros de poemas *Un lugar para nadie* (De la luna libros, 2013), *Dimensión de la frontera* (La Isla de Siltolá, 2011) y *La tristeza del eco* (Editora Regional de Extremadura, 2008), además de las *plaquettes* *Escritura*, *Nuevo alzado de la ruina* y *Las esquinas del mar*. Sus poemas y cuentos han aparecido en varias publicaciones (*Turia*, *Cuaderno ático* o *Desahuciados*, entre otras), y en diferentes antologías (*Punto de partida. Jóvenes poetas en España*; *Matriz desposeída. Últimas voces de la poesía extremeña*). Ha ejercido la crítica literaria en diversos medios, como *Ínsula*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Clarín*, o *Ex Libris*. Fue cofundador de la revista de humanidades *Kafka*. En la actualidad, ejerce de profesor en un instituto de El Prat (Barcelona) y forma parte del consejo de redacción de *Quimera*. *Revista de Literatura*.